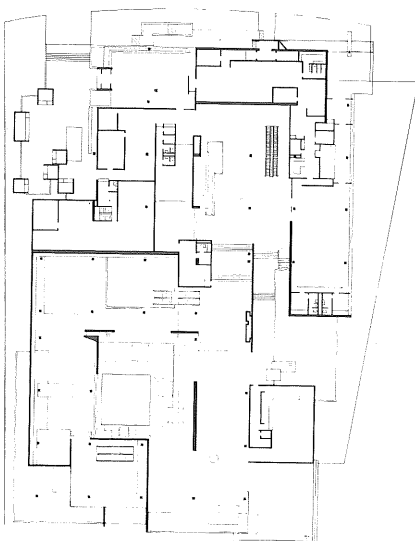
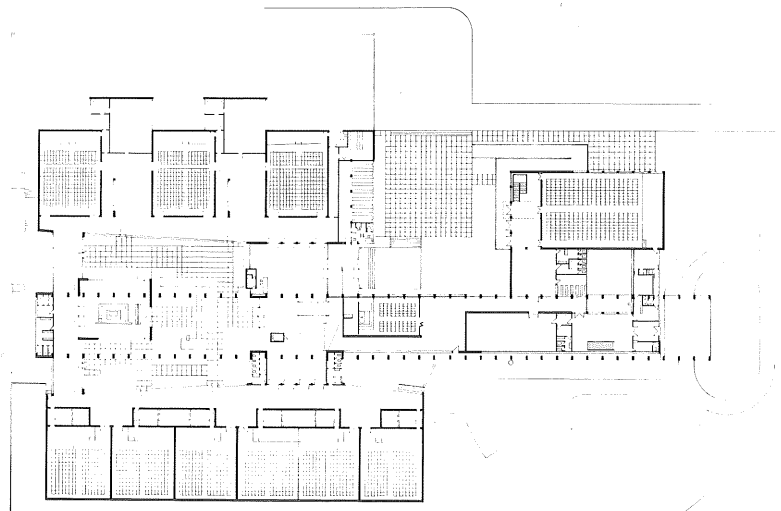


**La Belleza Cincelada:** La Arquitectura de Javier Carvajal se expone en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, en una espléndida muestra organizada por la Comisión de Cultura del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid. Si, como escribí el pasado año en *El País*, el modelo de Belleza perseguida por Alejandro de la Sota viene representado, en boca de Coderch, por la calva cabeza de Nefertiti, y la desmelenada cabeza de Medusa sería certero resumen de la de Paco Sáenz de Oiza, para Javier Carvajal deberíamos buscar una pulcra y serena cabeza de César: plenitud de forma cincelada. Arquitectura que modela el aire con perfección pluscuamperfecta.

Entre el sencillo silencio de Sota y el grito desgarrado de Oiza, la música extremada de Carvajal. Y es que, como él gusta de repetir citando a Niels Bohr: “A una verdad puede oponerse otra verdad”, y en verdad que muy diferentes, y muy valiosos, son los modos con que entienden la Arquitectura los tres maestros españoles.

*Escuela de Altos Estudios Mercantiles.  
Barcelona*



*Pabellón de España en Nueva York*

La Arquitectura de Javier Carvajal, su trayectoria, su vida, ha sido muy brillante, fulgurante, desde los comienzos. Tanto que en las oposiciones en que ganó la Cátedra de Proyectos de Madrid, Oiza se retiró porque se presentaba “el joven y brillante Carvajal”. Recién terminada su carrera gana por concurso, y construye a su vuelta de Roma, donde va pensionado a la prestigiosa Academia española, la hoy Escuela de Ingenieros Industriales de Barcelona. El mismísimo Peter Eisenman, en una reciente visita a la Ciudad Condal, no se recató en sus entusiastas elogios ante esta obra. En el 63, vence a todos los mejores arquitectos que se presentaban en el Pabellón de España en la Feria Mundial de Nueva York. Y lo construye, ¡cuán maravillosos eran aquellos espacios!, y los arquitectos americanos se le rinden concediéndole los máximos galardones, tentando a Carvajal a emprender la aventura americana, a la que renuncia para volver a trabajar a España. Y a los pocos años, en el 68, también se le rinden los arquitectos alemanes que le otorgan el “Fritz Schumacher” de la Universidad T. de Hannover a la mejor obra de Arquitectura construida aquel año, por las

casas de Somosaguas. Y en el 71, tras unas tumultuosas elecciones, llega a ser Decano del Colegio O. de Arquitectos de Madrid. Y luego, Director de la Escuela de Arquitectura de Barcelona y de la de Las Palmas.

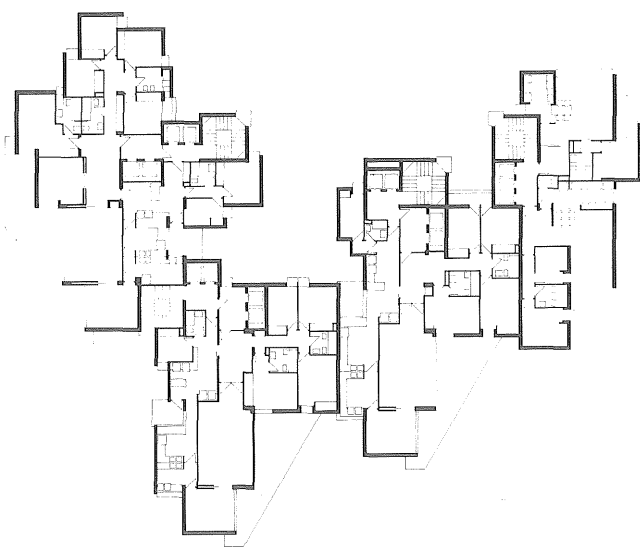
En resumen: todos los premios, todos los cargos y los encargos, todas las publicaciones, todos los reconocimientos. Sencillamente Carvajal, el arquitecto por antonomasia. Pero ésto, ya se sabe, en nuestro país es más que peligroso, imperdonable. Y de repente, se hizo un largo silencio que, afortunadamente, ya ha terminado. El positivamente lo describe como de exilio interior. Y en este tiempo, su callada, generosa y ejemplar dedicación a la enseñanza.

En esta exposición, que es, debería serlo, el comienzo de una vuelta al reconocimiento justo y debido a su figura, se muestran los momentos creadores más sobresalientes de Carvajal ordenados en tres claros períodos:

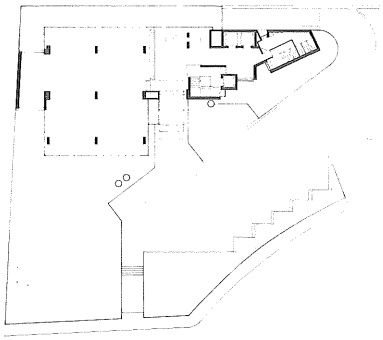
Un primer período desde el comienzo hasta Nueva York: de estos años (1954) es la Casa Azul coronada de cañones de la madrileña plaza de Cristo Rey que no sólo resiste sino que gana con el tiempo. Y el exquisito pabellón de España en la Trienal de Arte de Milán (1957) donde por atreverse, se atreve a envolver las piezas de los artistas en una prodigiosa tela metálica. Y encima le conceden la Medalla de Oro de la Trienal. Y la iglesia de Vitoria donde, como Wright pero con más sobriedad y acierto, materializa el espiritual gesto del juntar las manos, para lograr un espacio que todavía nos sorprende. Y la tienda de Loewe de Serrano, cuya inútil destrucción aún está caliente, que fue recogida por Haig Beck en aquel mítico número del *International Architect* donde también aparecía su espléndida Adriática.

En el segundo período, con el peso de la púrpura conseguida en Nueva York, las casas de Somosaguas marcan un hito en la Historia de la Arquitectura Española Contemporánea. Y también en el 66 los apartamentos de Montesquiza, cuyos hormigones ya quisiera para sí Tadao Ando. Y el conjunto de viviendas y oficinas de León, prólogo de lo que luego en el 68 sería la, no por controvertida menos espléndida (sí ¡espléndida!) Torre de Valencia. Y todavía el 74, poco antes de la Adriática, el impecable Banco Industrial de León de la calle Serrano.

Y en el tercer período establecido en la exposición, poco pero también bueno: las casa de Pozuelo y la Moraleja. La casi comenzada Embajada de España en Varsovia. Y sobre todo, el Hotel de Sevilla, en el que sobre el orgánico basamento concebido de hormigón, emergen unos blancos cilindros poderosos, tan fuertes, que pueden incluso a la incomprensión de propietario y constructora juntos.



*Torre de Valencia*



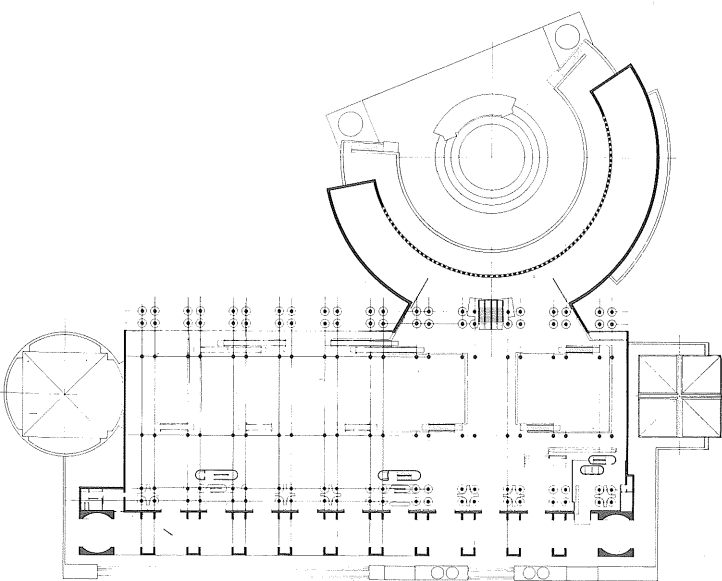
Compañía Adriática

¿Cómo podríamos definir la arquitectura de Javier Carvajal? Julio Cano Lasso la acotó con unos tantos por ciento de los diversos “ismos” que, según él, la componían. Yo me atrevo a corregirle proponiendo para Carvajal ¡a él le gustará!, que su arquitectura es cien por cien... ¡de Carvajal! Como lo ha sido siempre la de los maestros. Tan clara y reconocible que incluso se ha producido eso que tan poco, nada, les gusta: ser copiado por los que quieren ser más papistas que el Papa.

Tiene Javier Carvajal esa pasmosa habilidad para articular espacios, para engarzarlos, como sólo los arquitectos de la Alhambra supieron hacerlo. Plantas, alzados y secciones se concatenan con tal fluidez, que la respuesta al juego planteado por el arquitecto parece a nuestra vista como lo más natural del mundo. Traduciéndose en unas formas de enorme fuerza. Pero, no es la forma por la forma, sino Forma en la que certeramente convergen los condicionantes y los requisitos que demanda el hecho arquitectónico.

Con símil torero, diría que Javier Carvajal sabe torear fetén. Encadenando verónicas hace volar ¡sí, volar! al astado. Y luego sin solución de continuidad ¡ay la fluidez, ay la unidad!, con elegantes mulatazos le hace dar al toro la “promenade architecturale” que aconsejaba Le Corbusier a quien tanto él admira. Ciñéndose al toro pero sin tocarlo ni, ¡faltaría más! dejarse tocar por él: toreo del fino. Y arranca así el aplauso cerrado, como el que le dieron, larguísimo y cerradísimo, en la Escuela de Arquitectura de Madrid, cuando en su salón de actos repleto hasta la bandera, se cortó la coleta al final de este frío invierno, porque así lo mandan los cánones jubilarios de la inadecuada ley vigente. Pero las coletas crecen, y los toreros, siempre vuelven a la plaza.

Esta exposición que ha organizado la Comisión de Cultura del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, viene, por fin, en buena hora, a descorder el velo que ha ocultado temporalmente a la sociedad española, la figura de un maestro al que ya sobradamente conocíamos. E intenta esta muestra, una vez más, encajar las piezas del complicado puzzle, siempre inacabado, de la reciente Historia de la Arquitectura Española Contemporánea. Y en ella es pieza clave la figura de Javier Carvajal. Como exclamaron el pasado curso mis alumnos de la Escuela de Arquitectura de Zürich cuando Carvajal expuso allí su obra y realizó unas inolvidables sesiones críticas: “¡Este sí que es un verdadero arquitecto!”.



Pabellón de España EXPO'92